



SOLO EL VIENTO

Por RICARDO BOIZARD (Picotón)

A aquella noche en que mi querido amigo Jaime Celedón tuvo la peregrina idea de invitar a un hombre forjado en la lucha y en el sufrimiento a la famosa tertulia de "A esta hora se improvisa", yo no diré que me sentía aterrado ante algunos rezagados e inexpertos jueces de la Inquisición.

No, eso no. Lo que ocurrió es que había allí personajes con serios antecedentes para aspirar a merluzas congeladas y gocé como quizás le ocurre a Julio Martínez cuando gana Colo Colo.

■ En medio de la fiesta, ese simpático y caballeroso interlocutor que se llama Enrique Campos Menéndez, me regaló un libro suyo que se llama "Solo el viento" y que fue publicado por la Editorial "Gabriela Mistral", vale decir, la detestable ex Quilmanú.

Entre tanto libro reconoczo que este pequeño volumen de bolsillo ha abierto ante mis ojos una dimensión geográfica desconocida y la existencia de una gente desaparecida ya. Se trata de la que vivió y cayó, al golpe de la civilización, en la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Se advierte desde luego que Enrique Campos conoce y ha recorrido esos parajes. Es una tierra hostil en que la nieve y el viento se agitan implacablemente contra toda naturaleza viva. Puede decirse que el viento es allí una especie de canción de protesta contra la iniciativa divina de la creación.

Pese a todo, y gracias a la dúctil naturaleza del guanaco, cuya carne sirvió durante siglos para alimentar a los indios "onas", logró agarrarse a la vida una gente extraña, un mundo que, desafiando la tempestad y el hielo, conoció el odio y el amor, una tribu que envolvía su cuerpo en toscas lanas y que tenía el espíritu aplastado por una multitud de dioses. Pero al estorbo de la lana, se reconoció allí la relación sexual

del hombre y la mujer y pese a las recargadas supersticiones, floreció allí el orden y fructificó la moral.

¡Con qué propiedad y expresión distinta y nueva nos muestra Campos Menéndez a ese pueblo azotado por todas las inclemencias del viento! Prácticamente, puede decirse que el viento es el personaje central de esta narración maravillosa. Uno piensa que Campos Menéndez se hizo amigo con el viento y empezó a escribir. Hay en sus palabras algo que se pla, un acento que empuja, un drama que canta en la soledad.

Los seres que se mueven en el libro, son extraños de lo más brutal que lleva el hombre en su instinto y de lo más tierno y fresco que le hace vivir. Allí están las flechas cometiendo crímenes, las manos torvas estrangulando gargantas, los jefes de la tribu dictando su ley, las mancebas entregadas dócilmente al duro capricho del amo.

Pero en medio de toda esta égloga arrancada por un escritor experto, a la indócil y bravia naturaleza, salta una anécdota que nos cuenta Campos Menéndez y en la cual se encierra el heroísmo de un misionero que avanza y la trágica ironía de la barbarie que retrocede.

En un comienzo, los "onas" vivían con sus dioses hasta que llegó un

sacerdote a predicarles la existencia de un solo Dios. Esto, a los nativos, les parecía fácil de digerir, pero en lo que tenían desconianza era en la mansedumbre evangélica que los obligaba a colocar la otra mejilla cuando se les golpeaba en una. ¿Qué podría ocurrir si llegaban los enemigos, no bien penetrados de tan peligrosos hábitos de humildad?

Por fin, el misionero logró convencer a sus prosélitos, pero llegó un momento en que éstos le preguntaron acerca de la vida eterna y de las condiciones en que se vivía en el paraíso. Fue tan atrayente la versión del misionero acerca de los beneficios de la otra vida y tan alegre su descripción del paraíso, que los nativos creyeron absolutamente indispensable lograr a corto plazo tan deslumbrante posesión de este beneficio.

Como era conveniente llegar al otro mundo acompañado del brillante expositur, tomaron la resolución de quitarse la vida por sí mismo, pero antes de ello, quitársela al sacerdote de marras.

Esta no hallaba cómo conjugar su imagen maravillosa de la vida eterna con la necesidad de esperar un poco, pero su dialéctica, en este caso, falló. Los nativos, ingenuamente, decíanle asegurarle pronto a su director espiritual, el goce ofrecido y lo mataron. ¿Qué tal?

Maravilloso relato del escritor Campos Menéndez, pero ofortunadamente, en la audición a que fui invitado, yo no hablé de la vida eterna y gracias a eso, todavía conservé la mía.

Hay gente con suerte y es Picotón.

Pero hay gente con más suerte que Picotón y es mi amigo Enrique Campos. En lugar de picotearlo, viroz un elogio a su libro.

Y conste que no se trata de sólo el viento...

LA SEGUNDA 14.XII.1973 P.3. 665456

Sólo el viento [artículo] Ricardo Boizard.

Libros y documentos

AUTORÍA

Boizard, Ricardo, 1903-1983

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sólo el viento [artículo] Ricardo Boizard.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile